

# ESTUDIOS

## LA CUESTION DEL REAJUSTE DE FRONTERAS INTERZONALES EN EL PROTECTORADO HISPANO-FRANCES EN MARRUECOS \*

Por VICTOR MORALES LEZCANO  
Departamento de Historia Contemporánea, UNED

SUMARIO: I. 1. *Un punto de partida: el norte de Africa a la caída de Francia.*-II. 1. *Londres, entre Madrid y Vichy.* 2. *La versión del Foreign Office.*-III. 1. *El desembarco de los aliados en el Magreb y la «interferencia» española.* 2. *Surgimiento de otro peligro: el nacionalismo en el norte de Africa.*

### I

#### 1. Un punto de partida: el norte de Africa a la caída de Francia

La conclusión de la segunda guerra mundial dio al traste con muchas esperanzas y expectativas políticas en la esfera de los intereses internacionales. Los cálculos de expansión y engrandecimiento territorial —o, al menos, conservación de lo poseído hasta 1939— que habían acariciado varios países beligerantes, se vieron desmentidos por la consolidación de la bipolaridad (Estados Unidos-URSS) y por el inicio de la descolonización, es decir, por el proceso dual que transformó las relaciones de poder a partir de la posguerra.

Tanto los miembros europeos de la Alianza demoliberal como los «actores» del sistema de Estados fascistas en el viejo mundo, y los gobiernos neutrales y no beligerantes fueron víctimas de la pérdida de ilusiones concebidas por todos ellos en torno a sus respectivos roles en el orden internacional previsto para después de finalizado el conflicto armado <sup>1</sup>.

\* Ponencia presentada al II Coloquio Hispano-Británico de Historia, celebrado en la Fundación Pastor, Madrid, entre el 6 y 8 de noviembre de 1984.

<sup>1</sup> Sobre las paradójicas consecuencias de las dos guerras mundiales, léase el penetrante prólogo al volumen XII de la *New Cambridge Modern History*, titulado «The Shifting Balance of World Forces: 1889-1945», Cambridge U. P., 2.<sup>a</sup> ed., 1968, pp. 1-9.

El gobierno del general Franco no fue excepción a esta suerte de efecto-sorpresa a que acabamos de referirnos, y que configuró las expectativas políticas europeas a partir de 1945.

En esta línea de orientación (*expectativas fallidas*), no olvidemos que uno de los puntos más frecuentemente invocados por la reivindicación expansionista de la dictadura española en su etapa «constituyente» (1939-45, precisamente) fue –Gibraltar aparte– la consecución de un reajuste territorial en el norte de Africa, en detrimento del Imperio francés y de las aspiraciones confesas de Mussolini a llenar los espacios coloniales perdidos por Francia –lo que nunca se produjo– luego de su derrota militar en junio de 1940<sup>2</sup>.

Hitler, por su parte, intentó precipitar la sucesión de acontecimientos que favorecieran el triunfo ostensible y rápido de las tropas alemanas en el frente del oeste durante la primera mitad de aquel año. Cuando el mariscal Pétain, con el respaldo de Weygand y del ala «derrotista» de la III República francesa, acordó firmar el armisticio con Hitler, rechazó desde un principio la posible «explotación» logística, estratégica, o de otra naturaleza, que pretendiera hacer el Tercer Reich del noroeste de Africa.

«No se os escapa –puntualizaba Pétain a Hitler– que esas peticiones (relativas al norte de Africa) son ajenas por completo a las cláusulas del armisticio franco-alemán, que nada dice sobre ello; y que la amplitud de su contenido constituye en realidad la sustancia de un segundo armisticio, que agravaría infinitamente el primero»<sup>3</sup>.

El mariscal quería, de este modo, combinar conciliatoriamente su convicción sobre la inevitabilidad de la derrota francesa en la metrópoli con el hecho de la conservación de la integridad del Imperio. Fiel a estas creencias, permaneció hasta el desembarco anglo-americano en el Magreb, iniciado el 8 de noviembre de 1942. Creencias que Hitler, por su parte, hubo de respetar por temor de entregar el gobierno de Vichy –y sus componentes civiles y militares en las colonias– en manos de Londres y de sus «caballos de Troya» los generales Giraud y De Gaulle<sup>4</sup>.

Franco no dejó de insistir desde un principio (junio de 1940), y a lo largo de los meses que siguieron a la caída de Francia, en la necesidad de proceder equitativamente en la operación del nuevo «reparto» de Africa, que la hora bélica anunciaba prometedor para el eje Berlín-Roma y para el gobierno simpatizante de éste en Madrid.

<sup>2</sup> Remitimos sobre este extremo a nuestra ponencia presentada en el I Simposio Hispano-Alemán sobre la Historia del Siglo XX, titulada «El norte de Africa, entre Alemania y los aliados: 1940-42» (Instituto de Cultura Alemán, Madrid, e Instituto «Jerónimo Zurita», CSIC).

<sup>3</sup> Cfr. Y. BOUTHILLIER: *Le drame de Vichy*, vol. I, Plon, Paris, 1950, p. 289. La tesis de la intangibilidad del Imperio, antes y después de la entrevista Hitler-Pétain celebrada en Montoire, en H. R. LOTTMAN: *Pétain*, Seuil, Paris, 1984.

<sup>4</sup> Cfr. HENRY PICKER: *Conversaciones de sobremesa en el cuartel general del Führer, 1941-42*, Grijalbo, Barcelona, 1965, p. 409.

Sin embargo, temiendo lo peor, Franco hubo de alertar muy pronto al general Vigón (militar de su confianza y tres veces ministro del Aire entre junio de 1940 y julio de 1945) y al coronel Beigbeder (antiguo alto comisario en Tetuán y a la sazón ministro de Asuntos Exteriores) para que se adelantaran a los acontecimientos y evitaran la súbita anexión del noroeste de Africa al Tercer Reich alemán y a su adlátere italiano.

Habrà que investigar con minucia el tenor de las conversaciones sostenidas por Hitler y Vigón en Bélgica (16 de junio) y por Beigbeder y de la Baume (embajador de Francia en Madrid durante los días inmediatos a la derrota del ejército francés), que precedieron, en poco, a la firma del armisticio franco-alemán. También hay que incluir en esta «ronda» de conversaciones primeriza las entrevistas y «notas verbales» (si conservadas) que realizaron y redactaron los embajadores españoles en París y Londres (J. F. de Lequerica y duque de Alba) con los ministros de Asuntos Exteriores del Reino Unido (lord Halifax) y Francia (F. Ch. Roux)<sup>5</sup>.

El testimonio de este último, por ejemplo, no deja de ser concluyente:

«... si tienen que perder una fracción de su Imperio norteafricano, más vale que sea en provecho de España y no de Alemania», parece que comentó el coronel Beigbeder al conde de la Baume. «La reivindicación fue formulada al día siguiente que el mariscal Pétain rogara al gabinete de Franco que transmitiera a Berlín la petición de armisticio... El 17 de junio, el coronel Beigbeder telegrafiaba, en efecto, a Lequerica para que reclamara del Gobierno francés una modificación de la frontera hispano-francesa en Marruecos... En Madrid se temía que Marruecos fuese objeto de una estipulación a favor de Alemania o de Italia durante la convención del armisticio, y se quería ir más de prisa en este asunto que las otras potencias...»<sup>6</sup>.

Del contenido de este testimonio, contrastable con otras referencias e insinuaciones, cabe inferir que El Pardo quiso acelerar la satisfacción inmediata de las viejas reivindicaciones hispanas en el noroeste de Africa a cambio de la declaración de la no beligerancia en el conflicto armado, con vistas a cortarle la acción al mismo Hitler y al impulsivo Mussolini. «Desde un principio –escribiría el sucesor del conde de la Baume en la Embajada de Francia (François Pietri)– tuve la impresión de que la corriente a remontar sería más dura en tanto en cuanto yo no estaba dispuesto a prestarme a

<sup>5</sup> La compulsua ha de realizarse paralelamente en el Archivo Renovado del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), el Public Record Office (Londres) y Archivo Diplomático del Quai d'Orsay (París). Aun así, no es del todo seguro que la realidad –completa y compleja– de los sucesos aparezca luminosa y coherente, como desea siempre el historiador.

<sup>6</sup> Cfr. F. CHARLES-ROUX: *Cinq mois tragiques aux Affaires Etrangères*, Plon, París, 1949, p. 289. La confirmación de este testimonio y su sentido, en FRANÇOIS PIETRI (embajador de Francia en Madrid entre 1940-48), en *Mes années de l'Espagne*, Plon, París, 1954, p. 49.

ninguna de las combinaciones concebidas por el coronel Beigbeder, que había intentado ejecutar, en julio de 1940, en torno a la cuestión de nuestras fronteras marroquíes, y que el señor de la Baume había toreado prudentemente»<sup>7</sup>.

Emergían así contradictorias aspiraciones expansionistas dentro del Eje y sus simpatizantes; contradicciones que no tardaron en convertirse en un auténtico *test* para todos sus miembros desde el verano de 1940.

Todavía en octubre, una semana después de la entrevista de Franco y Hitler en Hendaya, el general quiso dejar claro el peso que concedía a la reivindicación española en África. En consecuencia, dirigió al canciller alemán una divulgada carta, coronada con un comentario y una petición inequívocos:

«Bien está, desde luego, que el establecimiento de un orden nuevo esté presidido por una idea de justicia que incluso no deje ajena a los beneficios de esta justicia a Francia misma, pero no quisiéramos que la justicia que se hiciera a Francia, país enemigo de siempre para Alemania como para España, fuese a expensas del derecho de España. Reitero, pues —continuaba la carta de Franco—, la aspiración española al Oranesado y a la parte de Marruecos que está en manos de Francia y que enlaza nuestra zona del Norte con las posesiones españolas en Ifni y Sahara»<sup>8</sup>.

Como ya sabemos, tanto por disfrutar del beneficio de la perspectiva que concede el paso del tiempo como por el conocimiento proporcionado por las investigaciones realizadas en el campo de las gestiones diplomáticas desplegadas por los dos bloques europeos, enfrentados bélicamente en 1939, Hitler no sólo no pudo satisfacer la petición de Franco, sino que, además, consciente como era del talante exaltado de Mussolini, se precipitó a hacerle desistir —en la entrevista celebrada en Munich, los días 17 y 18 de junio de 1940— de la «guerra paralela», o sea, de aquella que las tropas italianas habrían de desarrollar en el escenario del norte de África. Mussolini desistió de agredir a Túnez, pues no en vano se firmó el armisticio franco-italiano (24 de junio). El Duce, sin embargo, no tardaría en iniciar contra el Imperio inglés, en Libia y en la frontera con Egipto, una campaña de larga duración destinada a hacer del Mediterráneo oriental el principal teatro de operaciones bélicas durante la primera mitad de 1941<sup>9</sup>.

<sup>7</sup> Cfr. FRANCOIS PIETRI *Mes années de l'Espagne. 1940-48*, Plon, Paris, 1954, p. 49.

<sup>8</sup> Cfr. R. SERRANO SÚÑER: *Entre el silencio y la propaganda, la historia como fue. Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977, p. 304. La literatura franco-inglesa está plagada de alusiones a las reivindicaciones africanas de España. Menos conocido es el eco que tuvo en América. Cfr. T. J. HAMILTON: «Spanish Dreams of Empire», en *Foreign Affairs* (22 de abril de 1944), pp. 458-68.

<sup>9</sup> Se trata de la teoría de la «guerra paralela» de Italia en el norte de África, explicitada, entre otros, por ROBERTO CANTALUPO: «La pace euro-africana», en *Gli Annali dell'Africa Italiana*, vol. I, 1941, pp. 3-18.

De este modo, ni en la decisiva segunda mitad del mes de junio de 1940 (firma del doble armisticio franco-alemán y franco-italiano) ni durante los meses siguientes (hasta las entrevistas de Hendaya y Montoire entre Hitler-Franco y Hitler-Pétain, los días 23 y 24 de octubre), se procedió al reparto del anhelado botín francés en el noroeste de Africa entre los firmes candidatos a su adjudicación.

Cuando Hitler pide a Mussolini que interceda para convencer a Franco de la necesidad de participar en la guerra a favor del Eje, a la altura de los meses de noviembre-diciembre, esgrime el argumento estratégico del cierre del estrecho de Gibraltar –vital en la batalla contra Inglaterra–: «Únicamente cuando tengamos el Estrecho nos será realmente favorable la situación en Africa del Norte. Y podremos hacer frente a cualquier levantamiento francés y aplastar a los británicos, caso de que intentaran desembarcar. Por esto voy a rogar una vez más, encarecidamente, a Franco, a que se decida a fijar la fecha de su entrada en la guerra»<sup>10</sup>. Ni las peticiones de Hitler –almirante Canaris interpuesto– ni el encuentro de Franco y Mussolini en Bordighera (12 de febrero, 1941) lograron cumplir el deseado anhelo del Führer.

En primer lugar, porque Franco desconfió, desde la caída de Francia, de las intenciones alemanas en la zona africana en litigio; y, además, porque el revelador hecho de que la batalla de Inglaterra no se hubiera resuelto favorablemente para Berlín en el verano de 1940, hizo pensar a Franco en la posibilidad –harto probable– de una guerra larga y costosa para todos los contendientes, en la cual no convenía poner todo el bagaje en un solo platillo de la balanza<sup>11</sup>. Antes de proceder al cierre de Gibraltar tendría que caer Suez en manos del *Africa Corps*, y esto –por lo pronto– no llevaba camino de producirse fácilmente.

Algunos años después de transcurrido aquel crítico segundo semestre de 1940, Sir Samuel Hoare escribió: «con la caída de Francia, el estado de reconstrucción de nuestro ejército y los Estados Unidos adheridos todavía a su neutralidad, nada podíamos hacer en el otoño de aquel año para detener la marcha alemana hacia Africa a través de España. Hitler tenía pensado, sin duda, aquel plan. Sin embargo, estaba decidido a quedarse con el espléndido trofeo que obtuviera en Africa. Fue esa decisión la que le llevó a intentar disuadir a Mussolini de una invasión de Túnez y el Marruecos francés. Por idéntica razón rechazó la petición de Franco de un engrandecimiento colonial de España en Africa»<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> Cfr. general SERRIGNY: *Las «traiciones» del mariscal y de algunos más*, Ed. Mateu, Barcelona, pp. 104-05.

<sup>11</sup> Sobre estos dos extremos, cfr. R. CANTALUPO: *Embajada en España*, Caralt, Barcelona, 1951, pp. 239-53 y 263-64. En la historiografía española (GARRIGA, DE LA CIERVA, MARQUINA), las entrevistas de Montoire y Bordighera han pasado bastante inadvertidas en comparación, naturalmente, con la de Hendaya.

<sup>12</sup> Cfr. sir SAMUEL HOARE: *Complacent Dictator*, Knopf, Nueva York, 1947, p. 77, y varios pasajes de su conocido relato *Embajador ante Franco en misión especial*, Sedmay, Madrid, 1977, *passim*.

Esta parece ser una tesis plausible si no fuera incompleta (¿es que –una vez más– seguiremos olvidando el hecho del armisticio franco-alemán y la prometida intangibilidad del Imperio francés?). Nosotros la hemos pergeñado con anterioridad y la volvemos a revalidar ahora: las rivalidades dentro del sistema de Estados fascistas impidieron el feliz «reparto» de Africa entre los miembros de aquél, al menos en la coyuntura propicia para ello, que sin lugar a dudas fue la del segundo semestre de 1940.

En la base de las decisiones históricas –y, con frecuencia, también, en la de las inhibiciones– hay casi siempre más de un factor determinante y más de un cálculo en activo. A partir de este principio, prestemos atención, por un momento, a un punto pertinente a la situación que se intenta esclarecer aquí y que no ha sido abordado con detenimiento, sin embargo, en los estudios realizados sobre el fracaso de las expectativas fascistas en el continente africano.

Se trata, en rigor, del factor británico y su actuación en la zona.

## II

### 1. Londres entre Madrid y Vichy

Desde la firma del armisticio franco-alemán, el gobierno británico osciló bastante entre, o elegir una decidida actitud contra el régimen de Vichy, o cultivar una diplomacia hecha tanto de fuerza como de tacto con el mariscal y su *entourage*.

Este dilema lo encarnó cumplidamente Churchill<sup>13</sup>. Y en Churchill convergió –también– la ambigüedad de una orientación política que osciló entre el respeto a las colonias del Imperio francés y la expectativa de que fuese en éstas, y particularmente en el norte de Africa, en las que se incubara la «resistencia» francesa al invasor de la metrópoli.

Entre junio-diciembre de 1940, ¿no acarició Londres en más de una ocasión, la idea de acceder a parte de las reivindicaciones españolas en el noroeste de Africa: por ejemplo, en el caso de la extensión de la frontera interzonal hispanofrancesa en Marruecos hasta la línea marcada por el río Sebú y que, a la altura de 1902-04, fue señalado como línea hipotética de delimitación entre los dos futuros Protectorados?

Acceder, en efecto, a esta reivindicación hubiera servido para aplacar a Franco y evitar que la no beligerancia española se mutase en una beligerancia pro Eje que permitiera a las tropas alemanas cerrar el Estrecho desde las dos riberas del embudo gibraltareño.

<sup>13</sup> Una monografía llena de perspicacia. R. T. THOMAS: Britain and Vichy. The Dilemma of Anglo-French Relations: 1940-42. Macmillan, Londres, 1977, pp. 53-55.

En rigor, la ocupación de la ciudad y zona internacional de Tánger por las tropas jalfianas al servicio de España, fue una medida aceptada por Vichy y Rabat como la menos mala de las soluciones que podían arbitrarse en la guerra para el estratégico enclave marroquí. El *Foreign Office*, incluso, había comentado estoicamente: «en las circunstancias presentes es aconsejable no suscitar el problema de la violación de la neutralidad de Tánger, en particular si se comprueba que la administración de la zona continúa funcionando con normalidad y de acuerdo con el Estatuto»<sup>14</sup>.

Lo que, a propósito, no era el caso. Y es que la proximidad de los cuerpos del ejército español destacados en Marruecos, bajo el mando de los generales Bautista Sánchez y García Valiño no hacía recomendable ningún ensayo de autoridad en la zona que pudiera exasperar a los mandos germanófilos de las fuerzas armadas al servicio del Nuevo Estado.

La tesitura inglesa de aquellos años (junio 1940-octubre 1942) pudo ser, como se desprende de varios documentos y testimonios cotejados, la que sigue: ¿por qué no dejar que se lleve a cabo parte del sueño africanista de España en Marruecos, mientras que Londres se hace la «vista gorda» en el reajuste fronterizo que acuerden Madrid y Rabat, máxime cuando ése era el trofeo más codiciado en los medios germanófilos del poder gubernamental, y por ende, de El Pardo mismo?

Ello no le costaba pérdidas a Gran Bretaña y, a cambio, complacía a un neutral que ya había hecho un deslizamiento premonitorio hacia la no beligerancia y al que convenía mantener galvanizado ante los esfuerzos de Berlín por arrastrarle al campo de batalla.

Ciertamente, el enojo de Pétain –y del residente francés en Rabat, general Nougués– subirían de punto y podrían empujar a Vichy, más todavía, hacia los brazos de Alemania y de la colaboración con Berlín. Ahora bien, si se había corrido el riesgo de bombardear la flota francesa surta en la rada de Mers-el-Kébir durante los primeros días de julio, ¿por qué no proseguir en una línea de actuación destinada a aplacar a Franco y a impedir la temida ocupación alemana de las dos riberas del Estrecho?<sup>15</sup>

En tal operación se jugaba Inglaterra la suerte de su destino.

Las presuntas promesas realizadas por Hoare a Beigbeder, y por Churchill al duque de Alba, en aquel tristemente legendario verano, fueron tema de controversia luego de finalizada la contienda; puesto que, de compro-

<sup>14</sup> Cfr. F. O./371/24452, en P(ublic) R(ecord) O(ffice), Londres. El testimonio de R. DE LA BAUME: «L'Espagne non belligérante», en *Revue d'Histoire Diplomatique*, 1955, pp. 126-29, confirma que la percepción oficial de Paris-Vichy en junio de 1940 fue que la ocupación preventiva de Tánger no bastaba para considerar la decisión de Franco como un gesto de violación de la neutralidad española. Otro punto de vista –jurídico, eminentemente–, en G. DELORE: «Violation by Spain of the Statute of Tangier and its Consequences as they Affect the United States», en *American Journal of International Law* núm. 35, 1941, pp. 140-45.

<sup>15</sup> Cfr. ALBERT MOUSSET: «Churchill voulait-il en 1941 agrandir l'Espagne aux dépens de la France?», en *L'Epoque*, 23 de mayo de 1949.

base, ponían en entredicho el compromiso británico de respetar las colonias del Imperio francés, compromiso contraído también por Hitler y Mussolini –como hemos visto– luego de la firma de los armisticios con Pétain.

Toda la polémica de posguerra giró en torno a los «acuerdos entre caballeros», en virtud de los cuales Londres respetaría la integridad del Imperio colonial francés, siempre y cuando éste entrara en guerra a favor de los Aliados al primer síntoma de debilitamiento de la bota alemana. De hecho, Vichy fue la principal muñidora de este *quid pro quo*, puesto que Londres –como sabemos– no titubeó en prestar cierto apoyo a de Gaulle y a la simbólica Francia libre del *Comité Nacional Provisional* en la realización de la fallida operación *Menace* (captura de Dakar y Libreville por tropas gaullistas), durante el mes de septiembre de 1940<sup>16</sup>.

En puridad, la idea de hacer de las colonias un bastión de la resistencia era de De Gaulle, aunque apareciera teñida de inspiración británica (defensa de la metrópoli desde su periferia imperial), como el general mismo expresó por escrito: «participar con fuerzas y territorios franceses en la batalla de Africa, era hacer entrar en guerra a un pedazo de Francia. Era defender directamente sus posesiones contra el enemigo»<sup>17</sup>.

De hecho, la legitimidad de la Francia libre –como ha sido puesto de relieve últimamente– necesitaba de algo más que la tenacidad del general hospedado en Carlton Gardens, el concurso de las emisiones de la BBC, y la solidaridad –un tanto amordazada– en el interior del hexágono. Necesitaba un territorio que le sirviera de asentamiento y un aparato mínimo de gestión reconocido internacionalmente<sup>18</sup>. Habría que esperar a 1943 para que el *Comité Francés de Liberación Nacional* estableciera en Argel su sede provisional y contara, en adelante, como un «actor» de pleno derecho en la última etapa del conflicto armado.

Mientras tanto, la inquietud había cundido en Vichy; e inquietud hubo, desde un principio, entre los incondicionales de la opción encarnada en De Gaulle, por la amenazada integridad del Imperio francés y la alarmante sospecha de que Londres podría ceder ante el hecho consumado de una ocupación militar del Marruecos francés por las tropas españolas de la zona norte, con vistas a ganar una tregua y a substraerle un aliado al Eje, aunque fuese al precio de romper el *statu quo* europeo en el norte de Africa.

En un despacho datado en 27 de marzo 1942, François Pietri escribía a Vichy en los términos siguientes: «Según un diplomático extranjero, que lo

<sup>16</sup> Sobre los acuerdos secretos existen dos versiones de LOUIS ROUGIER (Montreal, 1945, y París, 1954) y una réplica inglesa del general G. SCHMITT (París, 1957). Véase, además, L. NOUGERES: *Le véritable procès du Maréchal Pétain*. Fayard, París, 1955, pp. 369-406, donde abundan los testimonios de la «desconfianza» sistemática reinante en Vichy hacia las intenciones de los aliados con el Imperio francés entre 1941-42.

<sup>17</sup> Cfr. general DE GAULLE: *Mémoires de Guerre. l'Appel: 1940-42*, Plon, París, 1954, p. 114.

<sup>18</sup> Cfr. J. B. DUROSELLE: «Une création ex nihilo: le Ministère des Affaires Etrangères du Général De Gaulle; 1940-42», en *Relations Internationales* núm. 31, otoño de 1982, pp. 313-32.



sabe de fuente directa, el gabinete de Londres habría ofrecido al gobierno español, en estos últimos meses, y en contrapartida de una ventaja que ignora, cesión de un trozo considerable del Marruecos francés, en cuanto se consume la derrota de Alemania...»<sup>19</sup>.

En concordancia con el clima de inquietud que reinaba en la cabeza visible de la Francia petainista, el jefe de la misión gaullista en Madrid, Jacques Truelle, no tenía empacho alguno en informar a René Massigli, comisario de Asuntos Exteriores del gobierno provisional de la República en Argel, «que el coronel Beigbeder habría abordado al gobierno británico en lo relativo a la operación de tropas españolas agrupadas en Marruecos, que debían asumir las funciones que el ejército francés era incapaz de realizar». A lo que añadía Truelle: «el gobierno británico habría dado a entender al coronel Beigbeder que no protestaría contra tal intervención, e incluso habría hecho ciertas promesas relativas a la revisión de fronteras hispano-francesas en Marruecos; el ministro, satisfecho, habría informado al Consejo de Ministros, del que formaba parte Serrano Suñer... éste habría denunciado inmediatamente las intenciones de su colega ante el conde Ciano, que, a su vez, habría informado al gobierno alemán. Y éste –concluía Truelle–, preocupado de mantener la unión entre los simpatizantes del Eje, habría evitado desvelar sus intenciones (hegemónicas en Africa), habría apaciguado los ánimos en Roma y habría conseguido desviar a Madrid de sus proyectos (anexión de Marruecos con el beneplácito de Londres)»<sup>20</sup>.

El texto anterior no tiene desperdicio, incluso si se descarta que la transmisión de la noticia ocurrió tal y como se describe en sus líneas. Es indicativo, por el contrario, de lo difundido que estaba el rumor de la aquiescencia británica a las intenciones hispanas en Marruecos, en los medios diplomáticos, políticos y militares de potencias beligerantes y neutrales; aquiescencia –ya se ha comentado– con la que se pretendía apaciguar a Franco y contrarrestar las presiones italo-germanas en El Pardo durante el segundo semestre de 1940, tendentes todas a la obtención de la beligerancia española y poder conseguir, de este modo, la finalización inmediata de la campaña en el frente del oeste, y quizá de la guerra europea.

## 2. La versión del Foreign Office

Cuando concluyó la guerra, Francia no había perdido su Imperio –aunque el viento de la descolonización arreciara luego con ímpetu y terminara abatiéndolo–, ni el gobierno español había obtenido en el noroeste de Africa otra compensación que la ocupación temporal de la ciudad y zona de Tánger,

<sup>19</sup> PIETRI, *op. cit.*, pp. 130 y ss.

<sup>20</sup> Cfr. «Reivindications espagnoles sur le Maroc français (juin-décembre 1940)», en *Série Guerre, 1939-45, sous-série Alger: CFLN/GPRF*, en A(rchives) D(iplomatiques), M(inistère) des A(ffaires) E(trangères), Paris.

evacuadas definitivamente en 1945 por acuerdo de los Aliados reunidos en Potsdam.

Sin embargo, un artículo de Randolph Churchill en el londinense *Daily Telegraph* (18 de febrero de 1946) volvió a desempolvar la cuestión de marras<sup>21</sup>. Según el conocido corresponsal inglés, Franco afirmó taxativamente que «el valor concedido por Inglaterra a la neutralidad española (durante la guerra) había quedado reflejado en el hecho que el embajador británico (no otro, desde luego, que Hoare) me ofreció una parte del Marruecos francés si yo permanecía neutral hasta el final de la guerra».

Randolph Churchill, atónito, consultó en ese mismo mes de febrero de 1946 al ex embajador de S. M. B., que desmintió, naturalmente, la afirmación del general español diciendo: «el alegato de Franco es una mentira sin fundamento alguno». El corresponsal inglés dio por concluido el asunto puntualizando con ligereza periodística: «Me veo forzado a decir que prefiero creer a lord Templewood y no al general Franco.»

El *Foreign Office*, por su parte, procedió inmediatamente –y a efectos de uso interno– a realizar la indagación pertinente del hecho para poder salir al quite en caso de que el gobierno español desempolvase la cuestión suscitada.

Al final de este trabajo se reproduce el memorándum redactado con tal propósito por P. Garran, del departamento de investigación del servicio exterior británico<sup>22</sup>.

El texto es expresivo de la preocupación británica por disipar la «sospecha» francesa de que, en un momento determinado de la guerra, se concedió audiencia tanto en Whitehall como en la Embajada inglesa en Madrid, a las peticiones de Beigbeder en relación con el reajuste de la frontera interzonal hispano-francesa en Marruecos, una vez que los contactos iniciales del ministro español con el conde de la Baume hubieran resultado infructíferos para la denodada reivindicación española.

Beigbeder, en efecto, pareció prometer una rigurosa neutralidad española en todo Marruecos, si se accedía a la ocupación del protectorado francés, garantizando, además, una restauración del orden interno en caso de que el régimen de Vichy colapsara, o en el supuesto –nada descabellado– de un intento «golpista» por parte de las fuerzas aglutinadas en torno a De Gaulle. En cualquiera de los dos casos, Beigbeder expresó a Hoare el temor de que Berlín solicitara el derecho de paso a través de la península Ibérica para proceder a la ocupación de Marruecos e impedir, de este modo, que anidara

<sup>21</sup> Cfr. Edición del día («Franco alleges we offered him part of French Morocco») y continuación («Franco's Army Given Huge Vested Interest in his Regime») el 22 de febrero de 1946. Una categórica afirmación de la prensa española, en «Un escrúpulo tardío», en *Ya*, 5 de marzo de 1946.

<sup>22</sup> Cfr. «Spanish Allegation that Great Britain Offered Spain a Part of French Morocco During the War», 1946. FO 371/60441B, en PRO. Londres, 10 ff.

en aquel Protectorado un foco de actividad anti-Eje claramente sesgado a favor de los intereses estratégicos y políticos de Inglaterra.

Ante este sutil juego de insinuaciones, acaecido entre la última semana de junio y la mitad de septiembre –es decir, a lo largo de la fase crítica de la Batalla de Inglaterra–, tanto el *Foreign Office* como Hoare mantuvieron el criterio de que los problemas interzonales en Marruecos eran de estricta naturaleza colonial, y que competía solamente a las legítimas autoridades de los dos países implicados tomar decisiones en la materia. Una ocupación de la zona francesa por las tropas del ejército español (unos 130.000 soldados entre tropa de recluta peninsular, regulares y guardia jalifiana), mandado por el general Orgaz <sup>23</sup>, podría provocar un fuerte sentimiento antibritánico entre todos los franceses, pero si por cualquier circunstancia la ocupación se hiciera inevitable, habría de admitirse que Francia no perdería con ello los títulos jurídicos que le acreditaban como mandatario legal en su zona de Protectorado.

Esta parece haber sido la «lengua diplomática» inglesa que estuvo a punto de significar la luz verde que Beigbeder –antiguo alto comisario, africanista convencido, pero antagónico irreconciliable del «partido» falangista incrustado en el gobierno de Franco <sup>24</sup>– esperó que se encendiera para parar a los alemanes, satisfacer al Jefe del Estado español, y apuntarse él mismo el codiciado tanto de las reivindicaciones hispánicas en el noroeste de África.

A partir de la mitad de septiembre de 1940, el *Foreign Office* inició un repliegue gradual de su postura «legitimista» en la cuestión, no del todo refractaria a hacerse la «vista gorda» ante el hecho de una ocupación preventiva española que evitara el caos en Marruecos y que, de paso, mantuviera a Alemania lo más alejada posible de las dos riberas del estrecho de Gibraltar. Y es que las tornas habían empezado, en leve pero significativa medida, a cambiar.

La cuestión no quedó definitivamente cerrada entonces, puesto que entre diciembre de 1940 y febrero del año siguiente, coincidiendo con la planeada operación *Félix*, destinada al cruce de España por las divisiones acorazadas de Alemania, captura del Peñón de Gibraltar, e instalación del Eje en el Protectorado español en Marruecos, no sólo Hoare –con algo más de una pizca de alarmismo, como se desprende del documento–, sino también el agregado militar de la Embajada inglesa en Madrid, brigadier Torr, volvieron a expresar la pervivencia de la reivindicación española, limitada –según un juego de mapas y notas entregado por el general Aranda (entonces en la dirección de la Escuela Superior del Ejército)– a la zona del río Sebú que

<sup>23</sup> Cálculos británicos, en FO 371/34780, en PRO, Londres, que coinciden con el cómputo español a partir de los *Anuarios Militares*.

<sup>24</sup> Cfr. CH. R. HALSTEAD: «Un africain méconnu: le colonel Juan Beigbeder», en *Revue d'Histoire de la Deuxième Guerre Mondiale*, julio de 1971, pp. 31-60.

había quedado fuera de la administración española por acuerdo de la comisión de límites hispano-francesa actuante en vísperas de la firma del convenio de 1912.

En un despacho secreto, Torr informaba al secretario británico de Asuntos Exteriores (8 de enero de 1941) sobre la opinión que algunos generales cualificados del primer franquismo (Varela, Martínez Campos, Martín Moreno) tenían en torno al conflicto europeo. Al abordar al general Aranda, el agregado militar de Gran Bretaña en Madrid comenta literalmente:

«Luego le pregunté al general Aranda cuáles eran las aspiraciones españolas en Marruecos, y me aseguró que se limitaban a la extensión de la zona hasta la línea del río Sebú tal y como la delimitaban los tratados de 1904 y 1906, y que no había sido aplicada en el tratado de 1912. Añadió que España no codiciaba la ciudad de Casablanca desde el momento que no poseía potencia marítima, pero que sí deseaba el fértil valle del Sebú y sus líneas de comunicación, complementos que faltaban notoriamente en la zona española. Me prometió un mapa trazando la delimitación deseada junto con un memorándum, poniendo de relieve las razones que avalan las aspiraciones españolas en este asunto»<sup>25</sup>. «Añadió con insistencia –sigue diciendo el informe de Torr– que España no espera que estas aspiraciones sean satisfechas antes de que concluya la guerra. Mientras tanto, no hay intención de fortificar la zona de Tánger, que España no desea incorporarse ni tampoco convertir en un «presidio», sino que quiere, solamente, integrar en el Protectorado español».

Entre febrero-octubre de 1941 la Embajada siguió el estado de la visión bélica que poseían los generales españoles, y en particular en relación con un presunto desembarco anglo-americano en Portugal o en Andalucía, para intentar «golpear» al Eje desde el sur de Europa. Naturalmente, el noroeste de Africa fue tenido en cuenta desde muy pronto como punto de apoyo logístico para iniciar la liberación del continente desde su periferia meridional inmediata. A este último extremo, Aranda en cuestión, respondió al brigadier Torr en términos netos:

«Si los ingleses o De Gaulle atacaran Dakar o el Marruecos francés, los franceses resistirían aunque menos que si el ataque fuese realizado por los alemanes. Si el ataque a aquellos puntos lo ejecutaran los americanos, los franceses de Dakar o Marruecos –no resistirían–, y en caso de que lo hicieran, el ejército español en el protectorado (unos 130.000 hombres, al mando del general Orgaz, que obedecería mis órdenes) bien podría aprovechar la oportunidad de atacar a los franceses»<sup>26</sup>.

<sup>25</sup> Cfr. «Minute by Military Attaché, Madrid, regarding visit paid by him to Army Staff on 7th January, 1941», FO 371/26939 y 63695, en PRO. Londres.

<sup>26</sup> Cfr. despacho secreto del brigadier Torr al Foreign Office (27 de mayo de 1941), FO 371/26939 y 63695, en PRO. Londres.

## REAJUSTE DE FRONTERAS INTERZONALES

Luego, y por ende, oportunidad de ocupar, en una situación internacionalmente crítica, y de derrota de la Francia oficial, el añorado espacio vital hispano en tierras de su vecino meridional con la aquiescencia indirecta y tácita del tándem anglo-americano.

De otra parte, es sabido que el *Joint Planning Staff* de los Aliados consideró seriamente, a partir de febrero de 1942, la posibilidad de una penetración militar alemana en España. En el supuesto de una resistencia hispana al avance alemán, Inglaterra ponderó la posible ayuda que podría prestar tanto en la Península (operación *Blackthorn*) como en el Marruecos Jalifiano (operación *Ballast*) a la causa de la oposición armada al invasor. La Comisión *Goldeneye*, con sede en Gibraltar, y puesta bajo el mando del general Mason Macfarlane, fue encargada de coordinar el plan de conjunto de esta operación <sup>27</sup>.

Nada de esto ocurrió, debido, probablemente, a la «diversión» bélica italo-alemana hacia el frente del Este europeo (los Balkanes, Rusia) y del Masriq (Libia, Egipto) y al hecho de los importantes eventos que tuvieron lugar en el Magreb a lo largo del último trimestre de 1942.

La conclusión a que llegó el Foreign Office en la indagación emprendida en la posguerra sobre la delimitación interzonal en Marruecos no deseaba prestarse a confusión, pero no resultaba tan convincente como quería lucir, si se la contrasta con otras pruebas documentales.

Decía así: «El Gobierno de Su Majestad nunca ofreció a Franco parte alguna del Marruecos francés en compensación por su permanente neutralidad o bajo ninguna otra condición. Lo más que hizo fue indicar que no éramos refractarios del todo a las peticiones españolas orientadas a una ocupación de la frontera del río Sebú. Nosotros dejamos bien claro, sin embargo, que la cuestión había de ser tratada esencialmente por España y Francia. Indicamos también que en caso de que la autoridad francesa en Marruecos colapsara hasta el punto de provocar desórdenes internos y confusión, y en caso de que los españoles, con vistas a restaurar el orden, se sintieran obligados a ocupar la zona al norte del río Sebú, en litigio, nosotros no pondríamos objeciones, en la inteligencia de que el asunto se regulara, al final de la guerra, entre Francia y España» <sup>28</sup>.

<sup>27</sup> Cfr. L. PASCUAL: *La planificación militar británica con relación a España desde la derrota de Francia hasta el desembarco anglo-americano en el norte de África (1940-42) según la documentación del PRO*, Instituto de Cuestiones Internacionales, Madrid, 1984.

<sup>28</sup> Cfr. «Spanish Allegations...», FO 371/60441B, f. 9, PRO, Londres.

## III

## 1. El desembarco de los aliados en el Magreb y la «interferencia» española

Durante los meses que precedieron al desembarco anglo-americano en las costas de Marruecos, Argelia y Túnez (8-9 de noviembre de 1942), destinado a iniciar el ataque a la «fortaleza» alemana por su vertiente más frágil, los medios civiles y militares de Londres y Washington hicieron entrar en línea de cuenta la presunta interferencia española —a partir del Protectorado en el norte de Marruecos— en las operaciones que los aliados habían de ejecutar en la zona.

En Londres, muy en particular, se sabía con cuánta intensidad había perseguido el Gobierno español, entre junio y diciembre de 1940, la concesión de una permisividad indirecta para satisfacer las reivindicaciones hispanas en el noroeste de África<sup>29</sup>. Temiendo lo peor, un memorándum británico jugaba con la probabilidad de una maniobra de avance del ejército español en Marruecos hasta el río Sebú, a la que, según recomendación expresa del texto, «no debiera oponérsele resistencia alguna, a no ser que su acción interfiriera nuestras líneas de comunicación»<sup>30</sup>.

Era del género de la evidencia que, al producirse el desembarco angloamericano, algunos sectores del colonato francés en el Magreb se sumarían a los aliados, mientras que otros permanecerían leales a Pétain y a las autoridades de Vichy en la zona; una maniobra de tipo preventivo por parte del ejército español —en el Protectorado sur—, para que el caos esperado no contaminara a la zona jalifiana (Tetuán), podría desatar una reacción contraofensiva en la población francesa.

La documentación inglesa recogió el peligro con advertencia y comentaba: «Nuestro punto de vista es que habría que exponer con entera claridad a los franceses del norte de África que la evitación de las hostilidades con España trabaja tanto a favor de sus intereses como de los nuestros, ya que, teniendo a España como enemigo, puede llegar a cerrar herméticamente la puerta trasera (de Gibraltar) por la que deben pasar nuestros barcos»<sup>31</sup>.

<sup>29</sup> Puede seguirse en obras como la de E. L. WOODWARD: *British Foreign Policy in the Second World War*, vol. IV, HMSO, Londres, 1962, y MICHAEL HOWARD: *Grand Strategy*, vol. VI, HMSO, Londres, 1972, pp. 159-190.

<sup>30</sup> Cfr. «Proposed Draft Memorandum to be sent to the General Eisenhower... representing agreed views of Foreign Office and Chiefs of Staff» (¿febrero? de 1942), FO 371/31291, en PRO, Londres.

<sup>31</sup> *Ibidem* nota anterior. La razón estratégica pesaba sobremedida en 1942, como había ocurrido en 1940. Cfr. las versiones que dan los embajadores Hoare y Hayes de la preparación diplomática cerca de Franco y Jordana (a la sazón ministro de Asuntos Exteriores) para que la notificación del desembarco en el Magreb no cogiera desprevenido al Gobierno de Madrid ni provocara una reacción desestabilizadora en la península ibérica. Cfr. A. BRYANT: «Portugal and Spain Preserved their Neutrality to our Advantage», en *Illustrated London News* núm. 203, 1943, p. 478. Este tema está siendo objeto de revisión por Ester Sacristán Lucas (UNED, Madrid).

Esta advertencia precautoria no significaba que Londres reconociera, con carácter definitivo, una ocupación provisional de la zona en litigio, sino que la consideraba como un mal menor llegada la hora de iniciar las operaciones de contraataque al enemigo desde la periferia magrebi.

Meses después –estamos ya en agosto de 1942–, Hoare precisaba, ante la aproximación de la fecha del desembarco: «Creo que en algún momento, durante el curso de la operación (*Torch*), nos veremos forzados a dar un paso adelante y tendremos que apoyar las peticiones españolas en Marruecos hasta la frontera del Sebú; pero no sugiero que necesitemos ir tan lejos desde un principio, o, dicho de otro modo, que no conviene llegar tan lejos hasta que sepamos más sobre las reacciones francesas a nuestro desembarco»<sup>32</sup>.

Estas últimas, como es sabido, fueron variopintas y casi siempre dramáticas. Lo que sí parece probado es que Giraud –no malquisto con los anglosajones– había seguido el razonamiento de los aliados en todo lo concerniente al apaciguamiento de Franco y Salazar, justificadamente inquietos –a su vez– por la seguridad del territorio metropolitano y, en especial, por la suerte que podrían correr los archipiélagos hispano-portugueses y las posesiones coloniales en Africa en el transcurso de una maniobra de la envergadura de *Torch*<sup>33</sup>.

Como la operación *Torch* –al menos, en lo que afectaba a su plasmación en Marruecos– recaería en el mando y los contingentes americanos (general Patton), la cuestión de una interferencia del ejército español no dejó indiferente a los Estados Unidos.

J. Rives Child, encargado de Negocios americano en Tánger, había iniciado, en marzo de aquel año, un ronda de conversaciones y consultas con el alto comisario en Tetuán sobre el estado del Protectorado español. Los objetivos confesos del diplomático americano fueron, de entrada: a) fortificar las relaciones comerciales de la zona –y de España, a la larga– con los Estados Unidos; b) paralizar al hipertrofiado ejército de Africa, y c) fomentar hasta lo posible la autonomía de gestión y decisión de la Alta Comisaría<sup>34</sup>. Se trataba, por tanto, de perseguir tres fines vitales para asegurar el éxito de la operación en cartera.

La inquietud de los aliados, sin embargo, subió en varios grados de intensidad con la aproximación del día D. Es con ese trasfondo donde hay que situar el comentario de Eisenhower al almirante Ismay (jefe de Estado Mayor del Gabinete inglés): «En los primeros días de la operación, la cuestión de

<sup>32</sup> Cfr. «Note by Sir Samuel Hoare on certain Political Implications of the Torch Plan» (29 de agosto de 1942), FO 371/31289, f. 20, en PRO, Londres.

<sup>33</sup> Cfr. V. MORALES LEZCANO: «Canarias, Azores y Cabo Verde durante la batalla del Atlántico», en *Anuario de Estudios Atlánticos* núm. 23, 1977, pp. 205-36.

<sup>34</sup> Cfr. «Proposed USA-Spanish Agreement for North Africa» (marzo-octubre de 1942), FO 371/31260, en PRO, Londres.

actuar con precipitación contra España (en caso de interferir las líneas de comunicación entre la costa atlántica de Marruecos y el oeste argelino) viene ampliamente determinado por el hecho de que no estamos en posición de evitarlo..., por lo que tendremos que depender de las representaciones diplomáticas hasta que llegue el momento de respaldar nuestras palabras con la fuerza.» A lo que añadió: «Incluso entonces, sería de lo más desafortunado tener que contar con un enemigo más en la zona»<sup>35</sup>. El criterio, a lo que parece, era compartido por los aliados y por el general Giraud. Aun así, se pensó en la necesidad de habilitar un contingente militar que paralizara en Tánger, Tetuán, Ceuta y Melilla la iniciativa eventual del ejército colonial de España. Estas medidas fueron bautizadas, en código de guerra, Plan *Backbone*.

Este tampoco se llevó a efecto, con alivio para los aliados, que encontraron demasiadas complicaciones en Argel como para estar pendientes de una preocupación más en aquel teatro de operaciones.

El temido enfrentamiento con los españoles y «moros» del ejército hispano acabó, finalmente, con unas protocolarias conversaciones entre el general americano Clark, el alto comisario Orgaz y el general Yagüe en la rifeña localidad de Tanima, el 7 de abril de 1943, cuando los aliados habían conseguido tender la ansiada cabeza de puente en el norte de África e iniciaban la liberación de Europa desde el sur<sup>36</sup>.

La diplomacia, en rigor, había jugado un papel «amortiguador» durante la ejecución de la operación<sup>37</sup>. Los embajadores Hayes y Hoare, en Madrid, y Rivas Child y Gascoigne, en sus legaciones de Tánger, contribuyeron a frenar por el momento el resurgimiento de una reivindicación africanista española. Cierto es que, en noviembre de 1942, El Pardo no poseía ya la visión del conflicto armado que había elaborado en junio de 1940. No en vano las tropas germanas habían ido perdiendo la aureola de infalibilidad que las adornó desde las campañas de Polonia, Países Bajos y Francia; de otra parte, la dependencia económica de España de las potencias aliadas —como, en parecida medida, le ocurría al régimen de Vichy y a todo el Magreb— tampoco aconsejaban tomas de decisión cuyas consecuencias podían demostrarse irreparables para la pervivencia del nuevo Estado español en una posguerra que tuviera que transcurrir bajo el signo de los aliados.

<sup>35</sup> Cfr. HOWARD, *op. cit.*, vol. IV, p.165, y D. D. EISENHOWER: *Cruzada en Europa*, Madrid, 1958, pp. 114-15.

<sup>36</sup> Sobre el plan *Backbone*, cfr. L. PASCUAL, *op. cit.* En cuanto a la entrevista Clark-Orgaz, cfr. «Meeting between Genl Clark and Genl Orgaz» y «Report on Visit to International Zone of Tangier and Spanish Morocco by Brigadier W. W. T. Torr», FO 371/34780, en PRO, Londres.

<sup>37</sup> Un relato, desde dentro, del problema creado por la difusa legitimidad del poder político en las colonias francesas en el Magreb (¿Giraud?, ¿De Gaulle?, ¿Darlan?), en ROBERT MURPHY (agente civil de Roosevelt en la zona): *Diplomat among Warriors*, Nueva York, 1964, *passim*. También, MARK CLARK (jefe militar que gozaba de la entera confianza de Eisenhower): *Calculated Risk*. Punto de vista francés, en J. B. DUROSELLE: *l'Abîme: 1939-45*. IN. París, 1982, pp. 377 y ss.



La tentación de actuar en la zona, empero, no dejó de planear sobre la cabeza de algunas «eminencias». Es éste un aspecto de la cuestión que quizá salga a la luz en la documentación de los archivos de la Jefatura del Estado, del Ministerio del Ejército o del «Gabinete Diplomático» de la Alta Comisaría en Tetuán, actualmente en la «Sección de Africa» del Archivo General de la Administración en Alcalá de Henares. No parece probable, por el contrario, que los ánimos españoles estuviesen tan eufóricos ni los cálculos fuesen tan elaborados como en el caso de la ocupación de Tánger en junio de 1940.

No en vano, también, el conflicto bélico iniciaba, en noviembre de 1942, el viraje precursor del signo final. Y ello actuó ya desde entonces como factor disuasivo para los africanistas españoles.

Desde el punto de vista inglés –y, sin duda, anglo-americano–, una indagación más exhaustiva en la documentación permite una elaboración más sofisticada del punto que aquí se acomete (grado de preocupación que inspiró una presunta operación española en Marruecos en el momento del desembarco de las tropas aliadas y a lo largo de las maniobras realizadas en aquel país), pero es muy probable que no altere sustantivamente el meollo de la cuestión y la recuperación presente.

Es decir, que si el Gobierno británico, en noviembre de 1942, estaba dispuesto a aceptar como un mal menor la ocupación de la comarca del río Sebú por las tropas del ejército español destacado en la zona norte del Protectorado para no abrirse otro frente enemigo, y poder llevar a buen fin tanto la campaña psicológica contra los franceses fieles a Vichy como el aprovisionamiento necesario del territorio, cuanto más decidido debió de estar, en el verano de 1940, a aceptar el hecho consumado por parte española, en una coyuntura de apogeo bélico alemán y de precariedad general británica.

Ni en una instancia ni en otra pareció abrigarse en Londres ningún género de confusión entre la aceptación de los hechos consumados, cuando llegaran, y la legitimación de una ocupación que en Madrid podía denominarse preventiva (como la de Tánger), pero que se inscribía en la trayectoria de una reivindicación expansionista. Quedó claro, en todo momento, que el contencioso hispano-francés en Marruecos se ventilaría en la posguerra y dentro del marco bilateral trazado por el derecho emanado de tratados y convenios firmados por los mandatarios europeos a partir de 1912.

Como en otras instancias de la segunda guerra mundial, nos encontramos ahora y aquí ante un suceso previsto por probable, pero que no fue posible ejecutar, no tanto debido a la falta de decisión española como por la fuerza de disuasión diplomática y militar inglesa, y por el factor –nada despreciable y que procede recuperar– del *statu quo* fijado para el norte de Africa por Hitler y Pétain en el armisticio de junio de 1940 y ratificado en Montoire cuatro meses más tarde.

Los dos antagonistas europeos de aquella hora contribuyeron a salvar al Imperio francés de cualquier despiece o «traspaso» de sus territorios en beneficio de los «concupiscentes» candidatos a su Administración. Y ello determinó el comportamiento británico en la zona más por cálculo de conveniencia que por adhesión a acuerdos o a principios.

Sin embargo, la mala conciencia británica estuvo presente largo tiempo, e inspiró comentarios como el que dispensaba A. Yencken, consejero económico de la Embajada inglesa en Madrid, a los delegados del Gobierno de la Francia libre: «Poco le importa a España obtener la realización de su irredentismo africano de uno y otro de los beligerantes; lo que desea es ganar jugando con doble baraja, sea en Berlín, sea Londres, según el momento...» Muy reveladoramente, añadió, acto seguido, que «Gran Bretaña no se prestó jamás y nunca contó con pagar el mantenimiento de la neutralidad con despojos franceses»<sup>38</sup>.

No es que esta observación sea desatinada en su conjunto, sino que —como de costumbre en testimonios depuestos por parte implicada— peca de unilateral y escamotea el grado de *resignación táctica*, que hemos visto aflorar en algunos documentos ingleses ante el probable evento de una ocupación española de la cuenca del Sebú durante el segundo semestre de 1940; e incluso hemos visto cómo había algo de aquel sentimiento y composición de lugar en los meses de noviembre-diciembre de 1942, decisivos para la causa demoliberal en su empeño de encontrar en el Magreb el punto de apoyo necesario para iniciar la liberación de la Europa ocupada.

Tanto en una coyuntura como en otra, no nos parece jugar a la pirotecnia verbal si volvemos del revés el ligero aserto de Randolph Churchill y afirmamos que estamos documentalmente invitados a decir que nos merece más crédito la declaración del general Franco al cotidiano inglés, en 1946, que la «diplomática», pero inexacta, aseveración de lord Templewood.

## 2. Surgimiento de otro peligro: el nacionalismo en el norte de Africa

El desembarco de las tropas aliadas en el noroeste de Africa no sólo permitió iniciar el viraje del conflicto internacional, haciendo cambiar —tenuemente al principio y con más determinación luego de la invasión de Italia— el signo de la guerra, sino que abrió también un horizonte de esperanza al movimiento nacionalista en el norte de Africa.

La correspondencia entre Roosevelt y Mohamed V, en noviembre de 1942, posee las características inconfundibles del idilio político entre el

<sup>38</sup> Cfr. «Londres CNF, Politique extérieure des puissances étrangères. Espagne. Dossier Général, 1940-43», vol 250, en AD, MAE, Paris. Las misiones de Lequerica en Vichy y de Sangroniz en Argel fueron neurálgicas, y en ellas reposa el cargo de la duplicidad española ante, la partición de la legitimidad francesa desde, prácticamente, noviembre-diciembre de 1942.

«liberador» de los pueblos oprimidos y el padre religioso y terrenal de todos los marroquíes<sup>39</sup>. Luego, durante la celebración de la *Conferencia* de Casablanca, en enero del año siguiente, el presidente norteamericano debió de cruzar con el sultán palabras bondadosas, que hicieron comentar a Robert Murphy (hombre de confianza de Roosevelt en la zona): «Desde el punto de vista de cualquier imperialista –De Gaulle y Churchill incluidos–, la conversación sostenida por el presidente con el sultán podría parecer subversiva»<sup>40</sup>.

El servicio consular inglés en Marruecos (H. S. Bird, en Rabat; Codrington, en Casablanca, y Gascoigne, en Tánger, muy en particular) empezó a detectar con suspicacia el resurgimiento del nacionalismo marroquí y a toparse con reiteradas manifestaciones verbales o impresas, transmisoras de una esperanza alimentada por el cambio de coyuntura internacional: que la liberación de las dos zonas del Protectorado llegara de la mano de los anglosajones<sup>41</sup>.

Por su parte, hubo algunos centros en Londres donde tuvo debida resonancia la reactivación política del mundo musulmán y su deslizamiento hacia la causa demoliberal en el conflicto internacional a partir –precisamente– de 1943.

«Los árabes –escribía un acreditado portavoz inglés– están empezando a sufrir de un irremediable sentido de la frustración en lo que respecta a su incapacidad para que se les escuche en el mundo extranjero, lo que, según ellos, les sitúa en una seria desventaja»<sup>42</sup>. La percepción occidental del resurgimiento nacionalista árabe-islámico y los repetidos llamamientos a las autoridades británicas en el norte de África y en el Magreb no dejaron de generar una enojosa situación en Inglaterra, porque si, de una parte, era necesario atraerse a los líderes de aquel nacionalismo, su misma existencia entrañaba un riesgo para las posiciones ganadas por Occidente en países de obediencia religiosa musulmana.

En Marruecos, los acontecimientos se precipitaron a partir de enero de 1944, cuando el *Partido de la Independencia* lanzó un manifiesto, provocando las iras del nuevo residente general de Francia en Rabat, Puaux. Este escribía entonces a Massigli, muñidor de la política exterior del Gobierno del *Comité Français de Liberación Nacional*, con sede en Argel: «El sultán se verá, probablemente, expuesto a escabullirse, haciendo ver que está dividido entre su deseo de permanecer fiel a Francia y la voluntad expresada por los

<sup>39</sup> Cfr. «Maroc: Politique Indigène», en *Série Guerre, sous-série: Alger, CFLN-GPRF*, vols. 449-50-51, 1943-44, en AD, MAE, París.

<sup>40</sup> Cfr. R. MURPHY, *op. cit.*, p. 173, y también, E. H. ROOSEVELT: *Así lo veía mi padre*. Buenos Aires, 1946, pp. 144-46.

<sup>41</sup> Cfr., en general, el legajo FO 371/36249, en PRO, Londres.

<sup>42</sup> Cfr. «Telegram from War Cabinet to Embassies and Consulates in Northern Africa, Iraq and Egypt» (21 de mayo de 1943), FO 371/36248, en PRO, Londres.

nacionalistas de verle tomar partido por la independencia, es decir, contra la nación protectora»<sup>43</sup>. Un crucial dilema del futuro aparecía perfilado, para el trono alauí, en el informe del residente general.

La sucesión de acontecimientos, en efecto, no hizo sino conferir un sesgo, cada vez más acuciante, para la causa del general De Gaulle, indiscutido aglutinador –en 1944– de la nueva legitimidad francesa en el exilio. Este era el sentido de la comunicación que enviaba lord Killean, desde la Embajada inglesa en El Cairo, a Duff Cooper, representante británico en el febril Argel del momento, informándole de que el *Comité para la Defensa de Marruecos y el Oriente Próximo* había solicitado a la Delegación francesa radicada en la capital egipcia tanto la abolición del Protectorado franco-español en Marruecos como el acceso de esta nación a la independencia y su inserción en el naciente club de naciones árabes (*Unión Árabe*, presidida a la sazón por Fuad Abaza)<sup>44</sup>.

Las presiones no se ejercieron sólo sobre De Gaulle, sino que el mismo Churchill no se vio exento de peticiones como la que, a través del Consulado inglés en Rabat, le hicieron llegar los miembros del Comité ejecutivo del *Istiqlal*, o como las que cursaba Nahas Pasha, desde El Cairo, a Anthony Eden, haciéndose portavoz de las reivindicaciones independentistas marroquíes<sup>45</sup>.

Las tornas, ahora, sí que se habían vuelto definitivamente. Entre 1943 y 1944 no fue el viejo capítulo de las reivindicaciones españolas en el noroeste de Africa el factor a tener en cuenta para mantener estable aquella parte del mundo, sino la gestación de la lucha armada magrebí por la independencia nacional.

H. S. Bird exponía el estado de la cuestión, desde Rabat, en los términos que siguen: «No habría que condescender con la agitación nacionalista mientras dure la guerra y deberíamos de actuar prudentemente hasta entonces, porque: 1.º) si deseamos ver una Francia fuerte, no hemos de actuar en el sentido de su debilitamiento; 2.º) nosotros y los franceses somos potencias con imperios –lo que no es el caso de los Estados Unidos– y hemos de enfrentarnos con problemas imperiales, que, si no son los mismos, son

<sup>43</sup> Cfr. «Questions Nord-Africaines, musulmanes et du Levant. Maroc: politique indigène», en *Série Guerre, sous-série Alger*. CFLN-GPRF (1943-44), vol. 959, f. 4, en AD. MAE, Paris. La cuestión de Marruecos se convertiría en uno de los asuntos candentes de la IV República francesa. Cfr. la conocida obra de CH.-A. JULIEN: *Le Maroc face aux Impérialismes*. Jeune Afrique, Paris, 1978, p. 203 en adelante, y más recientemente, G. OVED: «Le débat politique sur le Maroc de 1945 à 1955», en *Relations Internationales* núm. 37, 1984, pp. 55-80.

<sup>44</sup> Cfr. despachos de lord Killean a Anthony Eden (22 de febrero de 1944), FO 371/39318, y de Nahas Pasha a Charles de Gaulle (16 de abril de 1944), FO 371/42170, en PRO, Londres. En esta misma serie. cfr. «British Embassy (Cairo) to Duff Cooper (Algiers) (3 de febrero de 1944).

<sup>45</sup> Cfr. «Le Comité exécutif du Conseil supérieur du Partit de l'Indépendance à M. le Premier Ministre du Gouvernement de sa Majesté Britannique» (11 de enero de 1944), FO 371/42170, en PRO, Londres.

## REAJUSTE DE FRONTERAS INTERZONALES

bastante similares; 3.º) si los franceses no conservan sus posesiones en África o administran sus protectorados, ¿quién se encargará de hacerlo por ellos?»<sup>46</sup>.

Comenzaba a barruntarse con toda claridad el peligro de la desintegración imperial en los medios políticos, militares y diplomáticos de Gran Bretaña. La situación del Imperio francés, aunque más delicada, no podía ser ajena a la gestión internacional y a la reflexión británicas; tanto a Pétain (hasta noviembre de 1942) como a Giraud y De Gaulle (desde el desembarco en el Magreb hasta 1944) se les había dado todo género de garantías sobre el respeto anglo-americano a la integridad de las colonias. No en vano, aunque no sin vacilaciones y enfoques equívocos, Eden y Hoare habían capeado el temporal de la reivindicación española sobre el Marruecos francés en los días difíciles de la guerra.

Cuando las presiones sobre la vulnerable autoridad francesa en las colonias comenzó a arreciar desde instancias nacionalistas árabes, a partir de 1942-43, Londres tuvo no sólo que capear el nuevo temporal –consecuencia de la fidelidad a sus compromisos con el controvertido aliado francés–, sino que hubo de obedecer al más elemental reflejo de conservación imperial británico, ante la creciente oleada independentista, que ganaba terreno crecientemente cada día que aproximaba a beligerantes –y neutrales– al final de la contienda.

El desenlace del dilema colonial es conocido. El estudio detallado de su proceso, entre 1945 y 1956, y a partir de la «interferencia» británica en el Protectorado hispano-francés en Marruecos –indistintamente del modo como se haya producido–, es objeto historiográfico digno de un enfoque que debe de incorporar, tal y como lo contemplamos nosotros, el factor nacionalista en el juego de fuerzas preponderantes en el Protectorado hasta la terminación de su existencia.

---

<sup>46</sup> Cfr. «Hugh S. Bird to Foreign Office» (8 de mayo de 1944), FO 371/39738, en PRO, Londres. El agravamiento de la situación, de resultados del renacimiento nacionalista en la zona española, en V. MORALES LEZCANO: *España y el norte de África: El Protectorado en Marruecos (1912-36)*, Ed. de la UNED, Madrid, 1984, pp. 199-202.

